La conducta de Laperouse, célebre marino francés, no fué menos honrosa. Le habia encargado el gobierno que fuera á atacar y destruir los establecimientos de los ingleses en la bahia de Hudson. Despues de una travesía larga y peligrosa, llegó Laperouse al término de su navegacion; tomó y destruyó los fuertes ingleses. La conducta que observó, no honró menos su humanidad que su valor. Las órdenes que debia ejecutar eran rigurosas, y se conformó con ellas con toda la obediencia de un marino; pero una vez vencido el enemigo y cumplidos ya sus deberes de soldado, pensó en desempeñar los de la humanidad.

Se habian huido los ingleses à los bosques; sus fuertes estaban destruidos. ¿Qué iba á ser de aquellos desgraciados, espuestos por una parte á perecer de hambre y por otra á caer en poder de los salvajes? Laperouse, antes de retirarse, depositó en la rivera víveres y armas.

§ II.

Probidad.

La probidad puede suplir á otras muchas cualidades; pero sin ella ninguna otra vale nada. No conviene fiarse nunca de los que no tienen probidad, por muchos talentos que puedan tener.

Es la probidad una virtud tan delicada y tan escrupulosa, que se espanta hasta con la sombra de una sospecha.

Se alaban y se deben alabar los actos de probidad en que se reconoce un principio de virtud, un esfuerzo del alma. Entrega un hombre pobre un depósito cuyo secreto solo él poseia, no ha hecho mas que cumplir con su deber, supuesto que lo contrario seria un crímen; sin embargo, su accion le honra y debe ser así. Se piensa que aquel que no hace mal en ciertas circunstancias, es capaz de hacer bien: en un acto de simple probidad es la virtud la que se alaba. (Varios autores.)

ARISTIDES.

Despues de la famosa batalla de Maraton, quedó solo Arísrides con un corto número de hombres, para cuidar del botin y de los prisioneros, y aquel grande hombre justificó la buena opinion que se tenia de su integridad. Estaba tirado por todos lados el oro y la plata en el campo enemigo, las tiendas de los gefes vencidos y los navíos que se les habian tomado, estaban llenos de vestidos preciosos y de magníficos muebles; y no solamente no tuvo él tentacion de tocar aquellos montones de riqueza, sino que impidió á los otros que tomaran cosa alguna.

Nada tiene tal acto de loable. Arístides no ha hecho en esta ocasion mas que lo que exigia la mas vulgar probidad; pero ved un rasgo verdaderamente notable.

Mas tarde, ese mismo Arístides fué escogido por todos los pueblos de la Grecia para administrar su hacienda pública y vigilar el tesoro comun. Ningun sueldo aceptó por ejercer funciones tan importantes, y murió tan pobre, que tuvo la república que costear sus funerales y encargarse de dotar á sus hijas.

SAINT ELOY.

En el tiempo en que Eloy no era mas que un simple platero, el rey Clotario II, informado de su habilidad, le mandó hacer un sillon de oro enriquecido con piedras preciosas, é hizo que le entregaran para la obra una gran cantidad de oro, que no recibió el platero sino depues de haber hecho que la pesaran: tambien quiso que se contaran las piedras preciosas que se le entregaron. Trabajó con arreglo al modelo que se le habia dado, pero en vez de un solo sillon hizo dos. No presentó de pronto á Clotario mas que uno, del que quedó muy contento. Le presentó en seguida el segundo. Quedó sorprendido el príncipe, y como no se podia persuadir de que lo que se le habia dado á Eloy fuese sufi-

ciente para hacer los dos sillones, fué menester convencerlo de ello por el peso, que se encontró igual al que se le habia dado. Vió el rey que podia conceder su confianza á un hombre tan íntegro. Tal fué el orígen de la fortuna de Saint Eloy, quien como es sabido llegó á ser primer ministro.

TOMAS MORO.

Tomás Moro, canciller de Inglaterra, uno de los hombres mas grandes de su tiempo, era de una rectitud inflexible. Uno de los señores mas poderosos de la corte tenia un pleito de mucho interés cuyo desenlace temia. Para proporcionarse el favor del canciller, le mandó regalar dos frasquitos de plata sobredorada de un gran valor. Los mandó Moro llenar de un excelente vino y se los devolvió á aquel señor, que ganó su pleito porque tenia justicia. Estaba persuadido el digno magistrado, y con razon, de que todo juez que recibe una dádiva, dá los primeros pasos hácia la iniquidad, y de que cuando se escucha al que quiere comprar la justicia, está muy cerca de venderse.

DUGAS.

Cuando Mr. Dugas era preboste de los mercaderes, (mairé) en Lyon, fueron los panaderos á pedirle permiso de aumentar el precio del pan y les contestó que examinaría la solicitud. Dejaron al retirarse con disimulo sobre la mesa, una bolsa con doscientos luises. Volvieron muy persuadidos de que la bolsa defenderia bien su causa. Mr. Dugas les dijo: señores, he puesto vuestras razones en la balanza de la justicia y las he encontrado sin peso alguno. No he creido que convenia, por una escasez que nadie justifica, hacer que sufra el pueblo. Por lo demás, he distribuido vuestro dinero en los dos hospitales de esta ciudad, no queriendo creer que pretendiérais hacer de él otro uso. He comprendido que, supuesto que os hallais en estado de hacer semejantes limosnas, no perdeis, como lo asegurais, en vuestro comercio.

WIMPFEN.

Al principio de las guerras de la revolucion francesa, sitiaron los austriacos á Thionville. Su general, en nombre del emperador de Austria, ofreció á Félix Wimpfen, comandante de la plaza, un millon si se la queria entregar. Con mucho gusto, dijo alegremente el valiente francés, á condicion de que la acta de venta sea autorizada por un escribano.

DUMESNIL.

El valiente general Dumesnil, dió en una circunstancia semejante, una respuesta, al mismo tiempo tan alegre como orgullosa. Depues de haber perdido una pierna peleando contra los rusos, habia sido el ilustre inválido nombrado gobernador de Vincenes. Los soberanos aliados, que invadieron la Francia en 1814, le mandaron ofrecer dos millones si queria entregar la plaza. El contestó al enviado: id á decir á los rusos que les entregaré á Vincenes cuando ellos me devuelvan mi pierna.

LA' OSTIAKA.

Los ostiakos, pueblo medio salvaje del Norte de la Rusia, son notables por su desinterés y su probidad; hé aquí un ejemplo de ello. Un mercader ruso que iba de Tobolks á Beresoff, pasó la noche en la cabaña de un ostiako; al dia siguiente perdió á alguna distancia una bolsa en la que habia cerca de cien rublos (moneda de plata). El hijo del hombre que habia dado hospitalidad al ruso, yendo un dia á la caza, pasó por casualidad por el mismo sitio en que habia caido la bolsa; la vió y no la levantó. De vuelta á la cabaña se contentó con decir que habia visto una bolsa en el camino y que la habia dejado allí. Le envió su padre al momento al sitio en que estaba la bolsa y le mandó que

la cubriera con tierra y algunas ramas de arbol para que pudiera ser hallada en el mismo lugar por aquel á quien pertenecia, si alguna vez la venia á buscar. Estuvo la bolsa en aquel punto mas de tres meses.

Cuando volvió el ruso de Beresoff, fué á alojarse á casa del mismo ostiako y le contó la pérdida que habia tenido el mismo dia que habia salido de su casa. ¿Eres acaso tú el que ha perdido una holsa? le dijo el ostiako. Pues bien, no tengas cuidado, voy á proporcionarte á mi hijo quien te conducirá al lugar an que debe estar; tú mismo podrás recogerla. El mercader halló en efecto su bolsa en el mismo sitio en que se le habia caido.

SENTIMIENTOS DE PROBIDAD EN UN NIÑO DE SIETE AÑOS.

Un buen aldeano, llamado Santiago, debiendo algun dinero á uno de sus vecinos, le ofreció en pago sus gallinas, las que aceptó.

Fueron pues llevadas las gallinas á casa del vecino; pero no estando encerradas, al dia siguiente cuando quisieron poner, volvieron á casa de Santiago á poner sus huevos en el antiguo gallinero.

El hijo de Santiago, llamado Felipe, chico de siete años cuando mas, era el único que estaba en la casa. Oyendo cacaraquear sus gallinas, corre en el momento al gallinero, registra en la paja y encuentra los huevos. ¡Ah, ah! dijo para sí, hé aquí huevos frescos que me gustan tanto. Mucho gusto tendrá mi madre de encontrarlos cuando vuelva: los hará cocer y nos los comeremos. Sin embargo, repuso un instante despues, ¿podemos debidamente retener estos huevos? ¿No pertenecen al vecino, lo mismo que nuestras pobres gallinas? He oido decir el otro dia en la escuela que se debe entregar una cosa que se halla á su dueño, cuando es conocido. Vamos, vamos, no esperaré á que vengan mis padres, voy á llevar los huevos á su dueño. Efectivamente, corrió luego á llamar á la puerta del vecino. Tomad, le dijo al entrar, os traigo los huevos qne vuestras gallinas acaban de poner en nuestro gallinero.—Y ¿quién te envía aquí? le preguntó el vecino.— Nadie. – ¿Qué, me traes estos huevos, sin que nadie te lo haya mandado?—Sí; mis padres no están en la casa; hago lo que ellos me mandarian hacer, estoy seguro de ello.—Y ¿por qué no has esperado su vuelta?—Porque no regresarian sino hasta el medio dia, y desde ahora hasta entonces no tenia yo derecho de retener una cosa que sé que es vuestra.

EL VIEJO CIEGO.

Un anciano ciego se habia sentado en el camino que va de la ciudad de la Caridad á Nevers, y de tiempo en tiempo una corta pieza de moneda caia en su sombrero.

Su hija pequeña estaba junto á él y sus festivas risas llegaron algunas veces á alegrar el semblante del pobre hombre. El triste aspecto de la pobrecita niña atraia la atencion de los que pasaban y hacia mas frecuentes las limosnas que cain en el sombrero del pobre mendígo.

Jugueteaba en medio del camino cuando se levantó una nube de polvo, y un coche de posta, tirado por cuatro caballos, acertó á pasar rápidamente. Cuando se hubo alejado el coche, volvió la niña á sus juegos y se sorprendió al hallar un objeto que llevó á su abuelo; era una cartera.

La tomó el anciano, y advirtiendo que estaba llena y cerrada por medio de una pequeña llave, no trató de abrirla y se preparaba para ir á la próxima ciudad á entregarla á las autoridades.

Pasaba en este momento un paisano que conocia al viejo mendígo y que se acercó para hablarle. ¿Qué es pues lo que teneis en la mano? Es una cartera que mi nieta se acaba de hallar en el camino; seguramente se ha caido del carruaje que acaba de pasar. Voy á llevarla á la ciudad para que los que la perdieron puedan encontrarla si la vienen á reclamar.— ¡Qué simple sois! esta cartera encierra probablemente billetes de banco; vuestra fortuna haceis si la guardais, no se lo digais á nadie.—¡Apropiarme lo que pertenece á otro! no, nó; mejor quiero ser miserable y honrado, que rico y tener alguna cosa que echarme en cara. El ciego fué en el momento á entregar su hallazgo al comisario de policìa de la ciudad.

Al dia siguiente fué reclamada la cartera. Le ofrecieron al viejo mendigo una cantidad considerable, porque la suma contenida en la cartera era grande; pero nada quiso él aceptar.

Algunos dias despues encontró aún este mismo paisano á aquel hombre denodado y le dijo: ¡Bien! ¿pensais todavía que hicisteis bien en entregar la cartera? Ahora ya sabeis lo que contenia. Si hubiérais querido seriais rico, ¿qué os queda por haber sido tan honrado?

Me queda el testimonio de mi conciencia, que me dice que he obrado bien.

EL MENDIGO.

Ultimamente, un dia de vacaciones, un alumno externo del colegio de Lila encontró en su camino á un pobre ciego que salia de la iglesia y al cual guiaba un perro. Se acerca el niño al pobre y le pone suavemente en la mano su corta limosna, pero ¡oh sorpresa! él rehusa; se avergüenza el niño, insiste, pero en vano. A poca distancia estaba su padre que tambien se sorprendió: habia tenido ya hacia tiempo conocimiento de las necesidades del ciego, y lo habia socorrido repetidas veces: conocia su probidad tambien, y creyendo que su negativa para aceptar se fundase en la corta edad del niño, se le aproxima. Es mi hijo, le dice, tomad; tengo mucho gusto en que os dé, elogio su caridad. No señor, respondió el pobre; mi miseria es menor de lo que era y puedo ahora abstenerme de mendigar. Se me acaba de conceder una pension de ciento y cincuenta francos á causa de mis servicios militares, y ademas se me ha asegurado una gratificacion anual de cincuenta francos: puedo tambien ganar algo en desempeñar algunas comisiones en la ciudad, porque mi perro me guía muy bien; así yo puedo vivir. No he pedido limosna sino estrechado por la mas absoluta necesidad, y al presente, esta ya no existe.

EL JOVEN OPERARIO.

Un arrendatario de las cercanías de Tolosa, habia puesto en el fondo de un cesto y cubierto cuidadosamente con paja, un saco con mil francos y los llevaba sobre un caballo al propietario del terreno: era la renta de su labor, reunida á fuerza de mucho trabajo en aquel año que habia sido malo para el país. Al ir caminando se desfondó el cesto y cayó el saco en el camino real, no advirtiéndolo el pobre aldeano sino hasta que llegó: nada puede espresar la desesperacion de aquel hombre arruinado. Vuelve á su casa y refiere su desgracia que se cree ya sin remedio.

Un jóven jornalero de cosa de diez y ocho años, llamado Leprieu, se dirigia por el mismo camino á su trabajo: halla el saco, lo recoje con el asombro de un hombre que jamas ha visto semejante tesoro, lo envuelve con cuidado y llega á su taller, en el que tiene la prudencia de no decir cosa alguna á nadie de aquel hallazgo.

Las noticias de aquella pérdida circulan con velocidad: para una municipalidad que no es muy rica, era un acontecimiento importante la desgracia que habia sucedido al arrendatario, y muy pronto, los compañeros de trabajo de Leprieu, tuvieron noticia y hablaron de ella unos con otros. Conoce entonces de una manera indudable, el jóven, quién es el legítimo dueño del tesoro que se halló, se apresura á ir á la poblacion cargado con su saco, y devuelve al pobre arrendatario su fortuna y su vida.

Todo el caudal de este honrado jóven, consiste en los noventa centavos que gana al dia.

EL ARRENDATARIO.

Un arrendatario de las inmediaciones de Namur, vino á quejarse á su propietario de que en una de sus grandes correrías habia atropella-

do y dañado considerablemente una tabla de trigo. Bueno, respondió el propietario, haced que valúen el daño y pagaré su importe. Habiéndole contestado el arrendatario desde luego que él habia mandado hacer la regulacion y que el perjuicio subia á 500 francos, se los pagó el propietario inmediatamente y ya nada hubo que hacer sobre esto.

Ve algunas semanas despues velver al arrendatario; señor, le dice este hombre generoso, el trigo que habia sido pisoteado ha retoñado y es ahora el mas frondoso de todo el sembrado; vengo á devolveros los 500 francos: y efectivamente, puso sobre la mesa un saco que contenia aquella suma.

¡Ah! esclamó el propietario contentísimo, pero no sorprendido, ved aquí un rasgo que me agrada; así es como todos los hombres deberian obrar.

Abre un cajon de su escritorio, toma de allí 500 francos en oro y metiéndolos en el saco en que estaban los 500 francos del arrendatario, le pone todo entre las manos.

Teneis, le dice, un hijo, que aun está en la escuela; á él le hago este regalo. Haced que ese dinero se aumente para él, del modo que mejor podais; cuando sea grande, se lo entregareis de mi parte, y sobre todo, no olvideis decirle por qué motivo lo habeis recibido.

LA PROBIDAD RECOMPENSADA.

Un jóven paisano breton, llamado Perrin, que cultivaba una corta hacienda en las cercanías de Vitre, volvia una noche de esta ciudad con su muger Luceta. Da Perrin un tropezon y cae. Le impide la noche distinguir lo que habia motivado su caida, busca con las manos y recoge un saco bastante pesado: curioso por saber lo que contiene, entra con Luceta en un campo en que ardian todavía algunas raíces que los labradores habian encendido durante el dia. A la luz que despiden abre el saco y encuentra en él 12000 francos en oro. ¡Qué es lo que veo, esclama Luceta! ¡Ah! nos hemos hecho ricos! Llenos de alegría se vuelven á poner en camino. Estaban cerca de la casa, cuando

Perrin se para. Este oro nos puede hacer felices, dice, ¿pero es nuestro? Acaba de terminar la feria de Vitre; algun comerciante, al volver á su casa, lo ha perdido probablemente; en este momento, en que nos entregamos nosotros á la alegría, él está acaso entregado á la desesperacion mas horrible. ¿Nos es permitido gozar de su fortuna? La casualidad ha hecho que la encontremos, pero seria un robo retenerla. Vamos á casa del señor cura y entreguémosle este dinero. Luceta fué de su opinion y ejecutaron ambos aquella buena resolucion.

Dispuso el cura que se anunciara en los periódicos el saco perdido; nadie se presentó á reclamarlo. A vuelta de dos años, creyó el cura que ya no era necesario esperar mas y entregó el saco á los jóvenes esposos. Hijos mios, les dijo, gozad del beneficio de la Providencia. Estos 12,000 francos están ahora sin producir cosa alguna; podeis vosotros hacer uso de ellos. Si por una casualidad descubriereis á su dueño, deberiais devolvérselos; haced pues, de ellos, un uso que, haciéndolos cambiar únicamente de naturaleza, no disminuyan de valor. Siguió Perrin el consejo, compró con aquella cantidad la hacienda que tenia á renta. Convertido el arrendatario en dueño, hizo subir de valor á su terreno; aquellos campos, mejor cultivados, se hicieron mas fértiles y vivió él en una cómoda abundancia.

Diez años despues, un dia que Perrin, despues de un penoso trabajo, volvia del campo, vió pasar por el camino real un hombre en un carruage que se volcó no lejos de él. Se apresura á socorrerlo, ofrece los caballos de su arado para llevar el equipaje, y suplica al viajero vaya á descansar á su casa.

Este sitio es para mí muy funesto, esclamó el viajero; he hecho ya en él, hace doce años, una pérdida de bastante consideracion. Volvia yo de la feria de Vitre, traia 12,000 francos en oro, los mismos que perdí. ¡Cómo! le dijo Perrin, ¿habeis descuidado hacer pesquisas para encontrarlos? No me fué eso posible; volvia á Loriant, en donde debia embarcarme para las Indias; el tiempo urgia; el navío, pronto á darse á la vela, no me habria esperado; no pude hacer indagaciones inútiles sin duda, las cuales, retardando mi marcha, me habrian causado un perjuicio mayor que la pérdida que acababa de hacer.

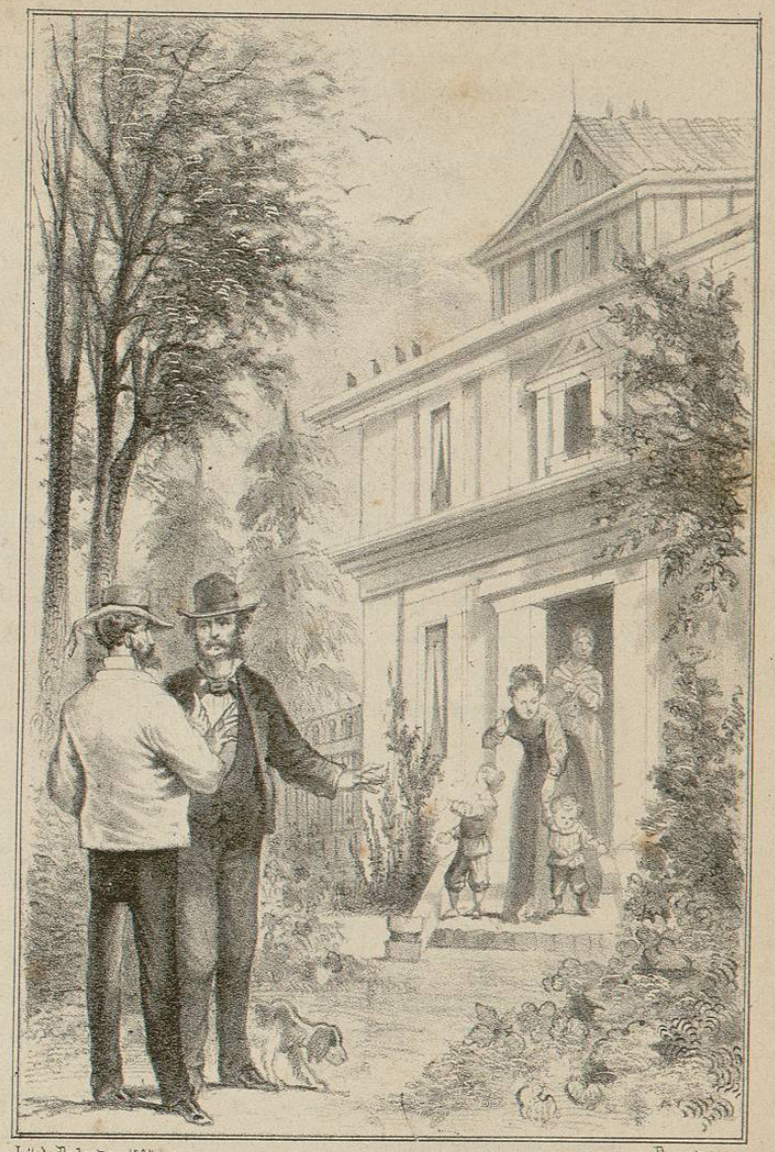
Hizo este discurso estremecer á Perrin, que redobla sus instancias y decide al viagero á que lo acompañe á su casa. Le acepta su ofrecimiento. Le enseña Perrin su casa, su huerta, su ganado menor, sus béstias de trabajo, el modo con que están cultivados sus campos y lo que producen. TODO ESTO OS PERTENECE, DIJO EN SEGUIDA, el oro que perdísteis vino á caer á mis manos. Viendo que no habia quien lo reclamara, compré con él esta propiedad, con el propósito de entregarla un dia á quien tuviera en ella verdaderos derechos. Ella es vuestra.

Sorprendido el estrangero, mira á Perrin, á Luceta y á sus hijos. ¿En dónde estoy? esclama en fin, y ¿qué es lo que acabo de oir? ¡Qué comportamiento! ¡Qué virtud! ¡Qué nobleza! ¿Teneis alguna otra propiedad además de esta hacienda? No, pero si no la vendeis, tendreis necesidad de un arrendatario y espero que me dareis la preferencia. Vuestra probidad merece otra recompensa: hace doce años que perdí la suma que os hallásteis; de ese tiempo ahora Dios ha bendecido mi comercio, se ha estendido, ha prosperado. Por hoy esta restitucion no me haria mas rico. Vos sois acreedor á esta corta fortuna; la Providencia os ha hecho con ella un regalo, seria ofenderle el quitárosla. Conservadla, os la doy; podeis guardarla, yo no la reclamaré jamás.

Derramaba Perrin lágrimas de reconocimiento y de alegría. ¡Oh hijos mios! ¡Oh Luceta! esta finca es nuestra; podemos disfrutar de ella sin zozobra y remordimiento.

LA IMPROBIDAD CASTIGADA.

El emperador Napoleon, cuyo ejército ocupaba hacia algun tiempo la isla de Lobau en el Danubio, trasportó allí despues su cuartel general. Fué su primer cuidado visitar á los soldados en los vibaques; estaban entonces comiendo. Y bien, amigos mios, dijo á un grupo enfrente del cual se habia detenido, ¿qué tal os parece el vino? No nos enchisparemos con él, Señor, respondió un granadero señalando el Danubio: ved aquí nuestra cantina. El emperador, que habia mandado que se diera una botella de vino á cada soldado, quedó sorprendido al



Todo esto os pertenece, dijo en seguida..pajina 184.

ver sus órdenes tan mal ejecutadas. Hizo que se tomaran informes y se descubrió que los empleados del ramo de víveres, encargados de este servicio, habian vendido en provecho suyo, el vino destinado á las tropas de la isla. Aquellos miserables fueron desde luego aprendidos, puestos ante una comision militar y castigados con todo el rigor de las leyes.

§ III.

Fidelidad.

El hombre de bien se impone la ley de cumplir lo que prometió, aun en las cosas mas leves, porque seria infiel muy pronto en las grandes cuando se acostumbrara á no ser fiel en las pequeñas.

La fidelidad para un corazon honrado, es cosa sagrada: no hay necesidad, ni terror, ni seduccion, que puedan hacerlo infiel.

(Varios autores.

REGULO.

Régulo, cónsul romano, despues de haber vencido á los cartagineses en Africa, fué vencido por ellos y hecho prisionero. Conducido á Cartago esperimentó los mas inhumanos tratamientos: le hicieron espiar los triunfos de su patria (1) Los romanos que arrastraban en sus carros, con tanto orgullo, á los reyes caidos del trono, llorando

---

[1] Cuando eran vencedores los romanos, acostumbraban llevar en triunfo sus cautivos desde las puertas de la ciudad hasta el capitolio.